

4º Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 29.08.2013

Ayer vimos que entre todos los círculos que se irradian del corazón de la vida monástica, solo el centro, la obra de Dios, es una acción, algo que acontece, o, mejor, Alguien que obra. Todos los demás son lugares, espacios, que deben sencillamente acoger, a través del monje humilde, la obra de Dios. Podemos intuir que si uno ha entendido de verdad dónde está el centro, y lo vive de verdad, la irradiación de este centro no será difícil de entender y de vivir. La irradiación es una consecuencia, algo que sucede casi automáticamente, si se permite de verdad al centro ser lo que es. Si el centro es una luz, una llama, será esto lo que irradie, por su misma naturaleza. Lo importante es no impedir que esta llama arda, ponerla en el centro de todo y, después, no poner obstáculos a los rayos que quiere extender por todas partes. Como dice Jesús en el Evangelio: “Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del candelero, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,14-16).

Entonces, debemos comenzar por entender qué es la obra de Dios para san Benito, y qué quiere decir ponerla en el centro de la vida.

Sabéis que san Benito llama “*Opus Dei*”, o “*Opus divinum*”, al Oficio divino que normalmente se celebra comunitariamente en el oratorio del monasterio. Para san Benito, por lo tanto, la oración es una obra de Dios, algo que Dios hace. Esto debe hacernos reflexionar, porque normalmente el hombre concibe la oración como obra suya, como una práctica que debe hacer él. Se hace por Dios, se hace en honor a Dios, pero, instintivamente, el hombre no concibe la oración como una obra de Dios, una obra que Dios hace. Pero me da la impresión que incluso nosotros, monjes y monjas que seguimos la Regla de san Benito desde hace... 15 siglos, raramente vivimos el Oficio divino como una obra de Dios. Podemos plantearnos la siguiente pregunta: ¿Cómo concibo el Oficio divino? ¿Es para mí algo que hago yo, que debo hacer yo, o una obra que hace Dios?

Ciertamente, el Oficio debemos hacerlo también nosotros. San Benito escribe varios Capítulos de la Regla para explicar cómo debemos celebrar el Oficio: a qué horas, cuántos y cuáles Salmos hay que recitar y cantar, con qué lecturas, antífonas, cánticos, etc. En el Capítulo 50 considera esto como un “*servitutis pensum*”, un “deber de nuestro servicio” (RB 50,4). Siempre en este Capítulo 50 se encuentra una expresión que si lo pensamos bien es extraña: “*agant (...) opus Dei* – hagan la obra de Dios” (v. 3). Para san Benito, orar el Oficio quiere decir “hacer la obra de Dios”, hacer nosotros la obra de Otro. ¿Qué significa esto? Esto es lo que trataremos de entender, porque creo que es fundamental para nuestra vida y vocación, y para la verdadera vitalidad, y pienso también que para el renacimiento, de la vida monástica.

Hace un año, lanzamos en la Orden Cisterciense una consulta sobre cómo se vive el Oficio divino, y la liturgia en general, en las diversas comunidades. Se ha enviado un cuestionario, bastante detallado, y muchos han respondido. De todas las informaciones recogidas se hablará principalmente en el Sínodo del próximo año. No sé el efecto que esta consulta tendrá en la práctica de la oración en la Orden, pero al menos tendremos un poco más de conciencia sobre cómo se vive. Lo que parece claro es que la práctica del Oficio divino es múltiple y multiforme, tanto en la forma como en el modo de celebrarlo. Yo, que viajo por las distintas comunidades de la Orden, y a veces por comunidades de otras Órdenes, soy testigo de esta multiplicidad. Debo decir que, a menudo, estoy bastante desconcertado por el modo en el que se vive la liturgia en muchas comunidades. ¡Veo de todos los colores! Pero lo que me preocupa no es tanto la forma, el modo, el número de los Salmos, los horarios, sino la relación que los monjes y las monjas tienen con respecto al Oficio litúrgico comunitario. Y compruebo que la calidad del Oficio no depende tanto de la forma, sino ante todo de la actitud que las comunidades tienen en las celebraciones de su liturgia. He visto comunidades de 4 ó 5 monjas, ya casi incapaces de cantar, de hacer una larga liturgia, pero que viven su Oficio con una atención y un cuidado que lo hace bello y fervoroso. En cambio, he visto comunidades jóvenes y numerosas que cantan y hacen bellas ceremonias, pero en las que no se percibe un amor por la oración común y, por lo tanto, no se percibe una belleza. Se tiene la impresión de que el Oficio sea solo un deber servil, un "*pensum servitutis*", y no una obra de Dios a la que estamos llamados a participar como hijos y amigos de Dios.

Por esto, creo que es importante entender en qué piensa san Benito cuando llama a la liturgia comunitaria "obra de Dios", y entender por qué y cómo la pone en el centro de la irradiación de nuestra persona en todos los ámbitos de la vida. Creo que si llegamos a ser más conscientes de esto, el Oficio divino en nuestras comunidades será más bello, al menos para nosotros, porque seremos más conscientes de su valor y, por lo tanto, lo cuidaremos más, como a un tesoro escondido que da valor y belleza a todo lo demás, a todo lo que vivimos, a todo lo que hacemos. Si poseemos y trabajamos un campo en el que sabemos que hay escondido un tesoro, también el valor del campo aumentará a nuestros ojos, y lo cultivaremos con más cuidado, con más amor y atención, con más gratitud de poseerlo.

En el evangelio de Juan hay una palabra de Jesús que san Benito parece casi citar a la letra cuando pide en el Capítulo 50 "hacer la obra de Dios". Es la respuesta que Jesús da a la multitud que lo encuentra en la sinagoga de Cafarnaúm, después de haber multiplicado los panes y los peces. La gente le pregunta: "¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?" (Jn 6,28). Fijaos en la insistencia sobre aquello que debe hacer el hombre: no dicen solamente: "¿Cómo hemos de hacer las obras de Dios?", sino "¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?". En la Vulgata se traduce así: "*Quid faciemus ut operemur opera Dei?*".

La gran preocupación de los Hebreos de Cafarnaúm es lo que deben hacer ellos para obrar las obras de Dios. Esta pregunta está en contraste con lo que esta gente apenas acaba de experimentar. Han visto a Jesús multiplicar los panes y los peces, por lo tanto, han visto la obra de Dios en acto, y han visto que esta obra ha sido llevada a cabo solo por Jesús. Ellos solo han tenido que sentarse, recibir los panes y los peces, y comerlos hasta la saciedad (cfr. Jn 6,10-13).

Jesús era consciente de que el hombre piensa y desea siempre poder obrar él las obras de Dios. En efecto, desafía incluso a sus discípulos en esta pretensión: “¿Dónde vamos a comprar panes para que coman estos?” (Jn 6,5). En los Sinópticos, Jesús es aún más directo en la provocación: “Dadles vosotros de comer” (Mt 14,15; Mc 6,37; Lc 9,13). Y Juan comenta seguidamente: “Se lo decía para probarle, porque él sabía lo que iba a hacer” (Jn 6,6).

Jesús nos pone a prueba sobre nuestra relación con la obra que solo Dios puede hacer, nos pone a prueba sobre la fe. Y esto es lo que responderá precisamente a la multitud que le pregunta lo que debe hacer para obrar las obras de Dios: “Esta es la obra de Dios; que creáis en el que Él ha enviado” (Jn 6,29).

Ellos preguntaron lo que debían hacer para obrar las obras de Dios, es decir, para hacer las mismas obras que hace Dios. En el fondo quieren tener el poder de actuar como Dios. Es un poco la tentación de Adán y Eva: la de encontrar el modo, el secreto mágico, para adueñarse el poder de ser y obrar como Dios (cfr. Génesis 3,4-5).

Jesús contrasta esta tentación respondiendo ante todo que la obra de Dios que debemos hacer nuestra no es la omnipotencia, el poder hacer todo lo que se quiere, y ni siquiera el conseguir con nuestras fuerzas todo lo que Dios pide. La obra esencial de Dios, que nos es concedida hacer nuestra, es la fe en Aquél que el Padre ha enviado, la fe en Cristo Salvador del mundo. La obra de Dios por excelencia es nuestra Salvación obrada por Cristo. La fe permite a esta obra cumplirse en nosotros y a través de nosotros.

San Benito debía tener en mente también este pasaje del Evangelio de Juan cuando pensaba en el Oficio como “*opus Dei*”.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist